



Mauro Koliva
2023

Mauro Koliva

El centro de la Tierra

Existe un coraje, en las artes y en las ciencias, en filosofía también, que no tiene nada que ver con el coraje de los autores, rasgo subjetivo, psicológico, sino que pertenece a los sistemas mismos como un atributo técnico, plenamente objetivo. Lo reconocemos en la filosofía de Spinoza, que somete la realidad entera, las emociones mismas, al principio de causalidad, o en la física de Einstein, que no vacila en extender el principio de la relatividad al tiempo. Es un coraje del concepto, de las ecuaciones y de las líneas. ¿Qué tan lejos llega la línea en la serie de dibujos *El centro de la Tierra*?

En los trabajos anteriores de Mauro Koliva, esas grandes telas con máquinas extravagantes y sustancias amorfas, siempre delante de una muralla que impedía ver qué había atrás, el ser humano brillaba por su ausencia. Era la única explicación posible de ese desorden, de ese abandono, y sin embargo nunca estaba ahí. En vano uno podía imaginarlo detrás de la muralla. Toda la lógica de la composición permitía, al contrario, presentir que detrás de la muralla sólo iba a haber más máquinas rotas y más órganos sueltos.

En la misma dirección, *El centro de la Tierra* llega más lejos. Aparecen figuras aparentemente humanas: el hombre de la barba o el chico de la bufanda. Pero ya no parecen responsables de nada, sino una especie más entre animales y plantas, entre monstruos y pedazos de materia inorgánica. Tan seguro está de haber abandonado todo antropocentrismo, que ahora *El centro de la Tierra* se puede permitir exhibir figuras humanas, un poco como Kant respecto de Dios en la *Dialéctica trascendental*. Tan seguro estaba de haberlo reducido a una idea, a una función lógica, que invitaba al lector a devolverle todos los atributos que previamente le había negado, la sabiduría y la omnipotencia. Si es lo que la razón necesita, que lo haga, ya no hay riesgo. No es signo de miedo o de arrepentimiento, esta invitación, no es una vuelta atrás; al contrario, indica seguridad, convicción.

Es más, ni siquiera es evidente que el hombre de la barba o el chico de la bufanda sean humanos. ¿Qué nos autoriza a suponerlo? ¿Que tienen dos ojos y cinco dedos? Pero si los extraterrestres tuviesen nuestro aspecto, ¿deberíamos llamarlos humanos? Es verdad, la serie se llama "*El centro de la Tierra*". ¿Pero representa nuestra Tierra? La Londres de Dickens o la París de Flaubert no son las ciudades reales que podemos o hubiéramos podido conocer, por más realista que sea su literatura. Cada obra inventa su espacio, y por eso no podemos concluir que las figuras de esta serie representen seres humanos en vez ancestros ficticios, descendientes distópicos, habitantes de un universo paralelo en el que, de hecho, también vemos cabezas flotantes y chicas cuyas manos terminan como ramas. Tan lejos está *El centro de la Tierra* de todo antropocentrismo que su Tierra no es centro de ningún sistema solar, que el ser humano no está en su centro, y que la conciencia y sus representaciones, tampoco son el centro de él.

En efecto, tanto como deja de representar figuras humanas, El centro de la Tierra parece renunciar a la representación en general. Sin duda reconocemos figuras pseudo-humanas, pseudo-animales y pseudo-arbóreas. Pero siempre justo antes o justo después de que la mirada se acerque o se aleje lo suficiente como para no reconocer nada más. Sólo puntos que no son ni granos de arena, líneas que no limitan cuerpos, formas sin sentido. Como las chicas en flor de Proust: no se ven de lejos, cuando son meras sombras y reflejos, y tampoco de cerca, cuando pegados a sus mejillas no percibimos más que puntos de colores pasteles. Se ven sólo a la distancia justa que necesita la percepción para configurarlas como tales. De la misma manera están presente los tres planos en El centro de la Tierra, para mostrar cómo la extrema cercanía y la extrema distancia deshacen la representación. A escala de cada dibujo, la representación de los objetos y de los seres. A escala de la serie, la de la historia, que se vuelve imposible de reconstruir, tanto bifurca, tanto se parte, y que finalmente sólo parece una colección de imágenes relativamente arbitraria de una tierra lejana que cada tanto interrumpen el de otro modo constante ruido blanco de un televisor.

Y lo mismo pasa con el lenguaje. Es cierto, por momentos sospechamos de uno, presentimos uno: ciertas líneas no constituyen meros dibujos. Pero tampoco alcanzan a escribir palabras, ideogramas o jeroglíficos reconocidos o reconocibles. A lo sumo el idioma de esos seres que no sabemos si son humanos. Los dibujos nos incitan a decodificar un lenguaje, pero imposible decir cuál, como las letras de las canciones de Sigur Rós, compuestas en una lengua de significantes sin significados. Uno busca pero no encuentra, uno intenta pero se queda solo con una intención vacía y la revelación, inminente, efectivamente no se produce.

¿Qué tan lejos llega la línea en El centro de la Tierra? Llega al límite del lenguaje, de la representación y del ser humano, que no son nada menos que algunas de las columnas del templo espiritual que es la cultura occidental. Y llegar justo al límite es más difícil que cruzarlo, como es más difícil sostenerse mucho tiempo en una pata que caminar. Pasarse de largo es fácil, ir a toda velocidad es fácil. Pero llegar al límite requiere trazarlo y acercarse, la fuerza de llegar y la fuerza para detenerse. Al mínimo de consistencia posible antes de que todo se deshaga, al punto de mínimo equilibrio antes de que todo se caiga y retorne al caos: hasta ahí llega esta serie de Mauro Koliva. En la primera temporada, Game of Thrones se permitió asesinar a su protagonista, y Lewis Carroll, sobre la rama de un árbol, apoyaba una sonrisa sin gato. En El centro de la Tierra no hay protagonistas, y por momentos, ni ramas ni sonrisas, incluso sin gatos; sólo un eje y maravillas desperdigadas en el espacio inimaginable que es el final de la asíntota.

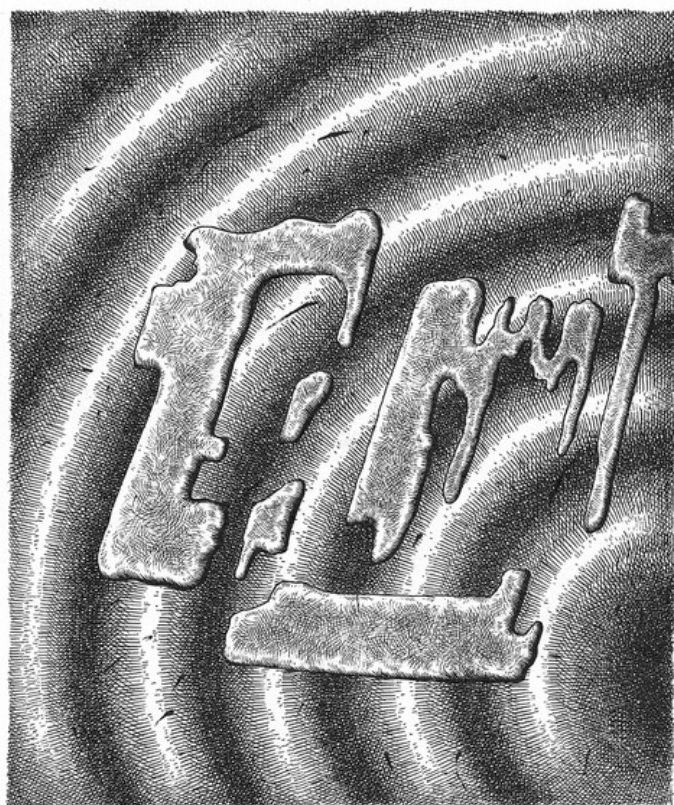
Axel Cherniavsky

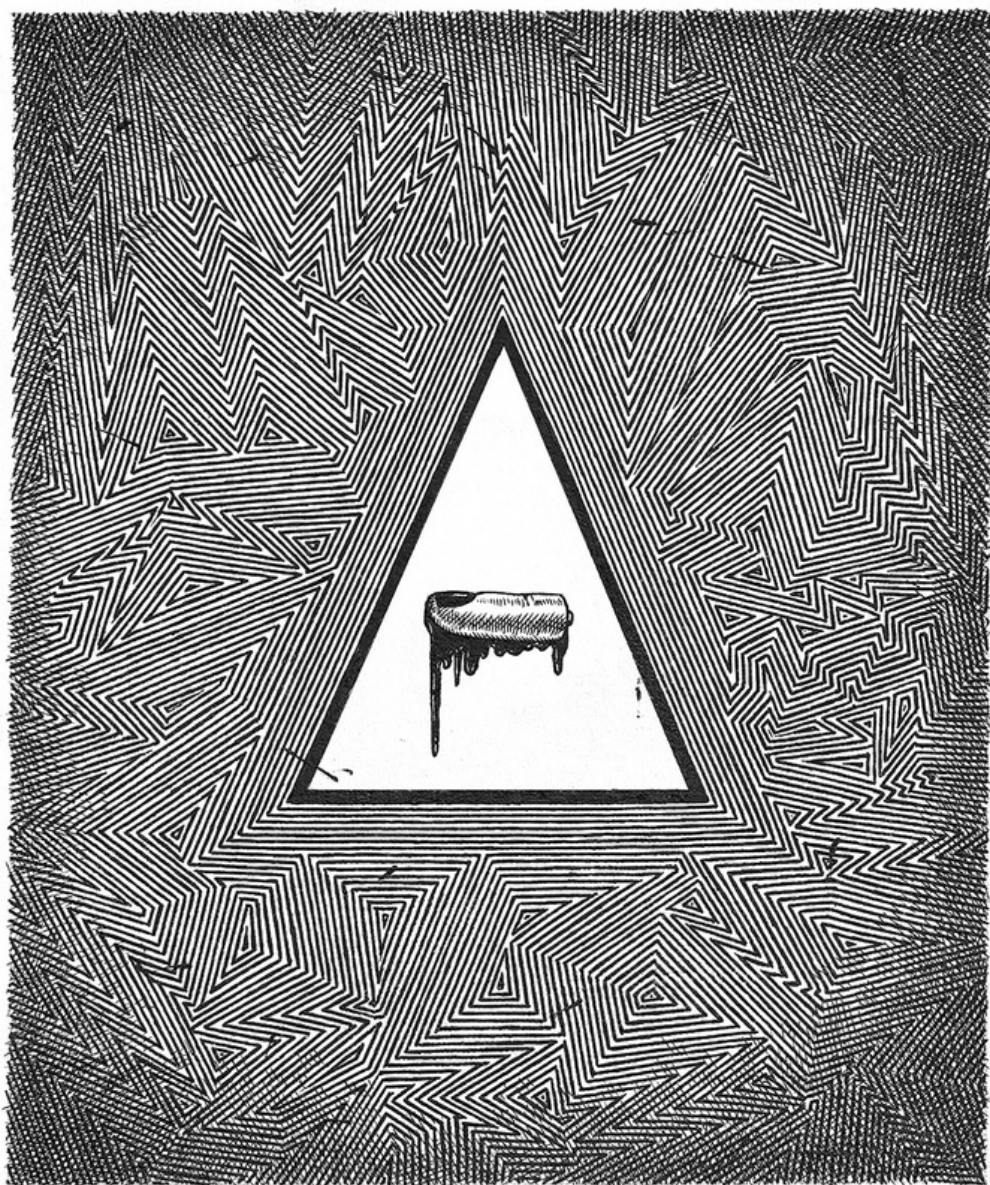
MAURO KOLIVA

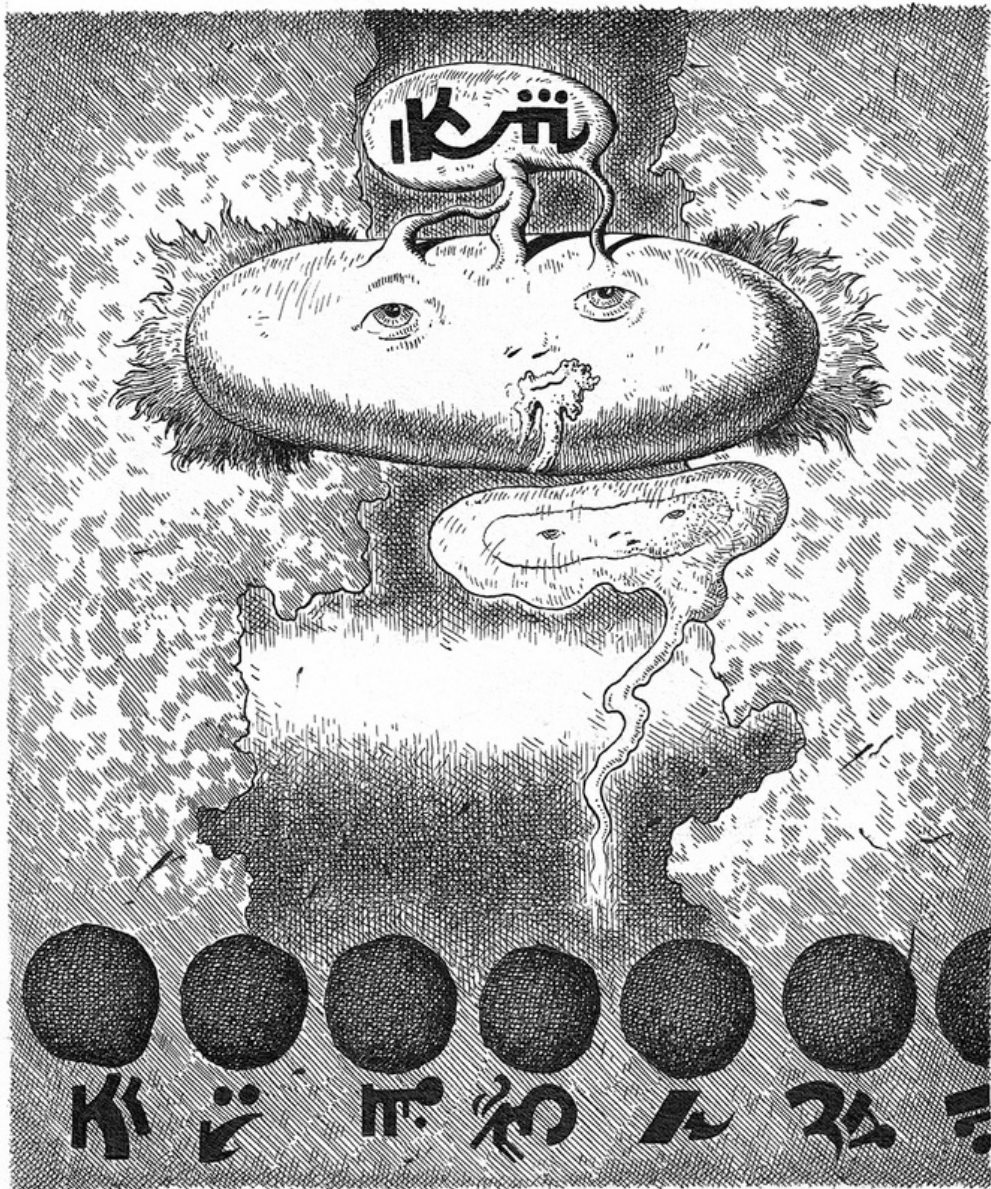
Serie "El centro de la tierra", 2019-2023

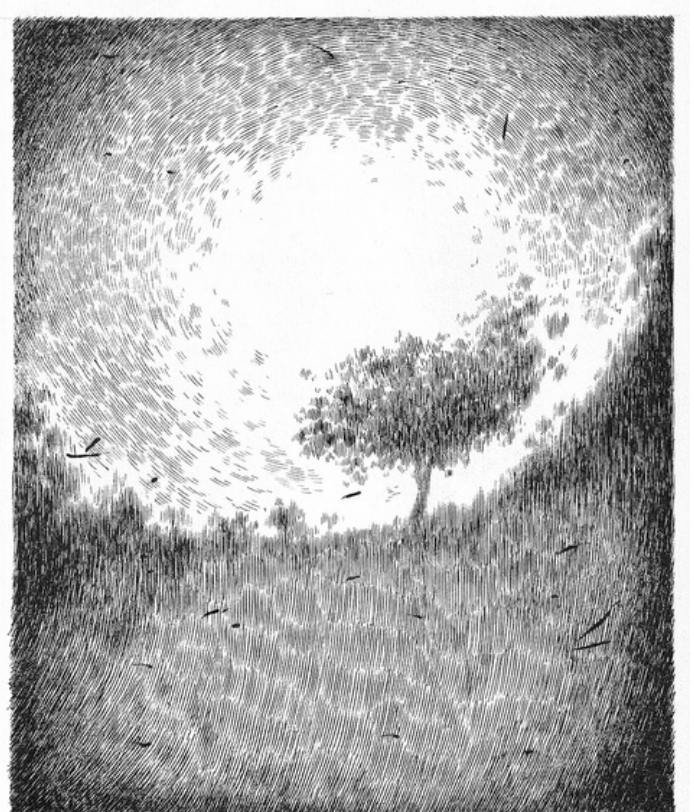
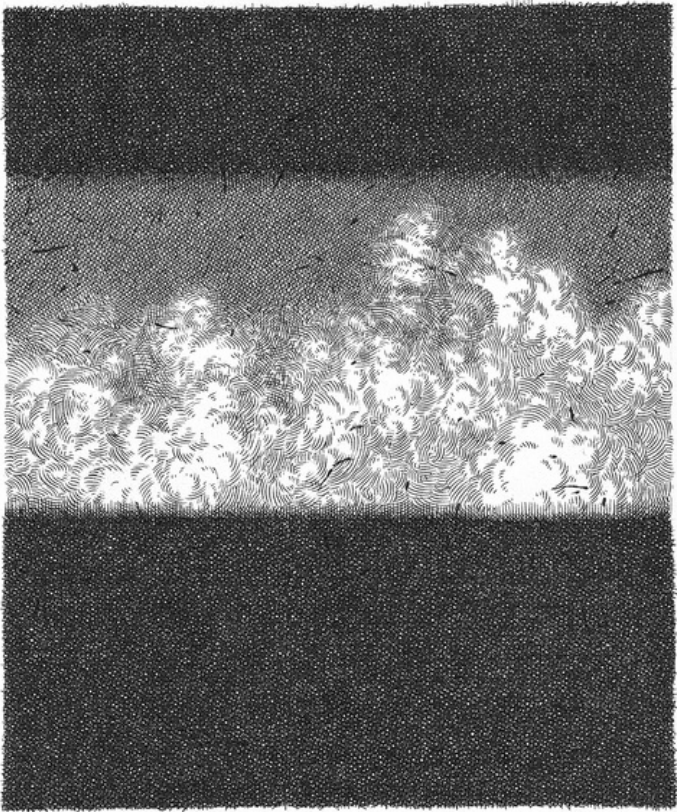
Birome de tinta gel sobre lienzo

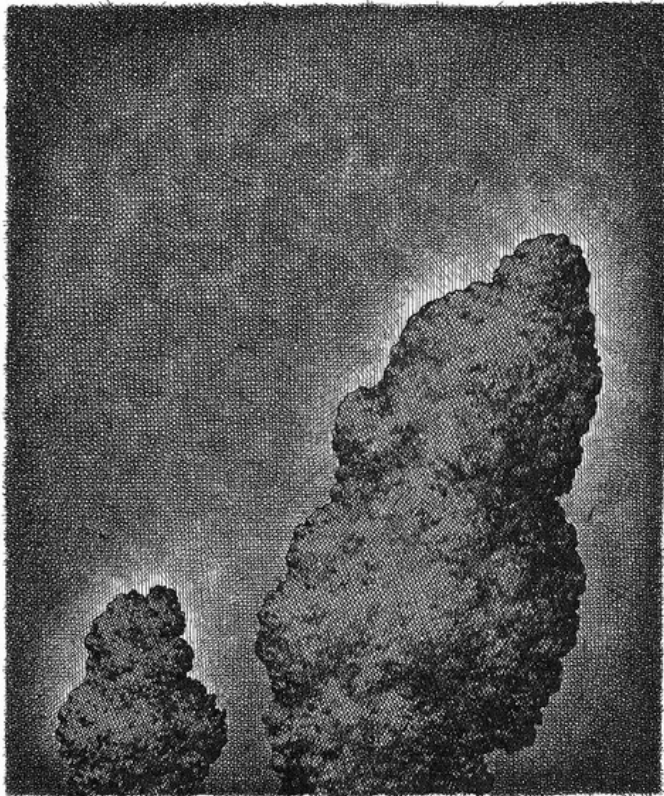
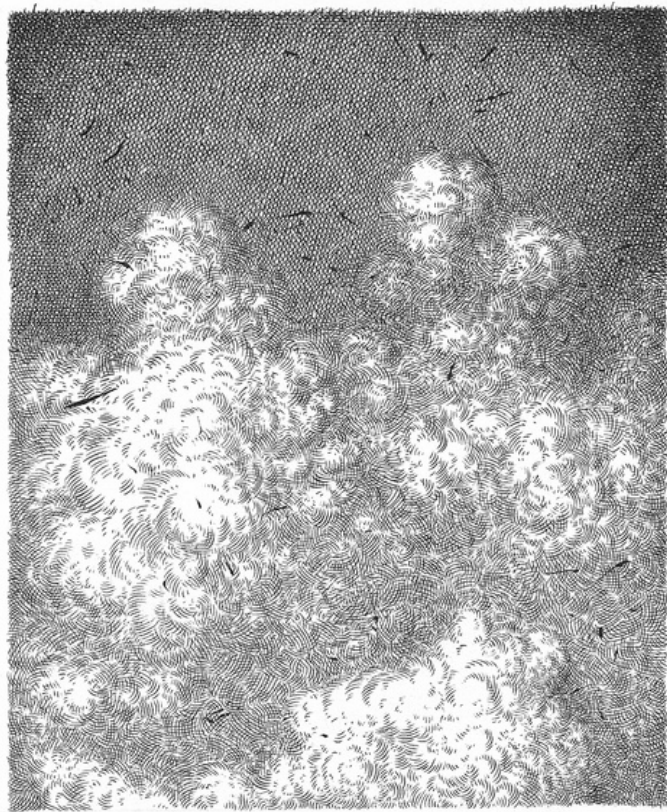
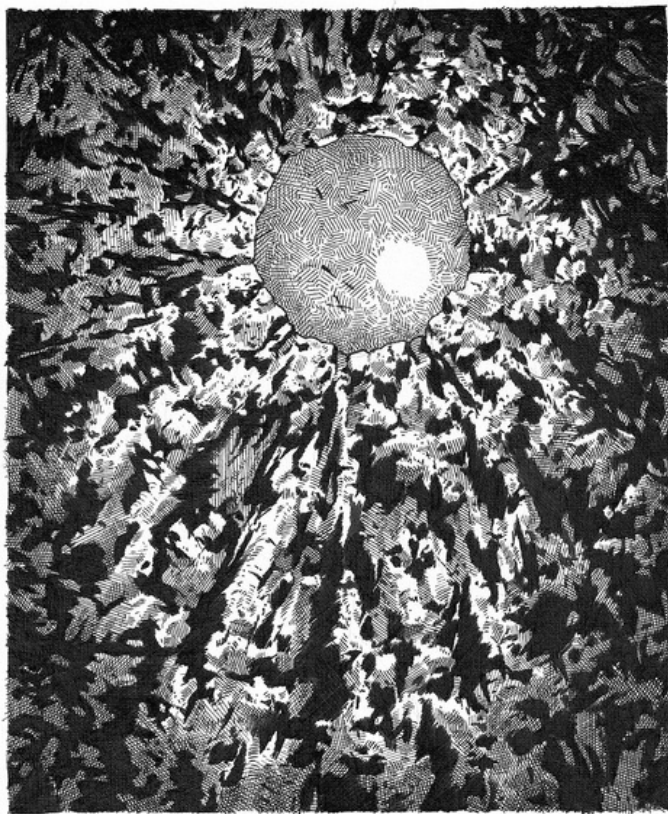
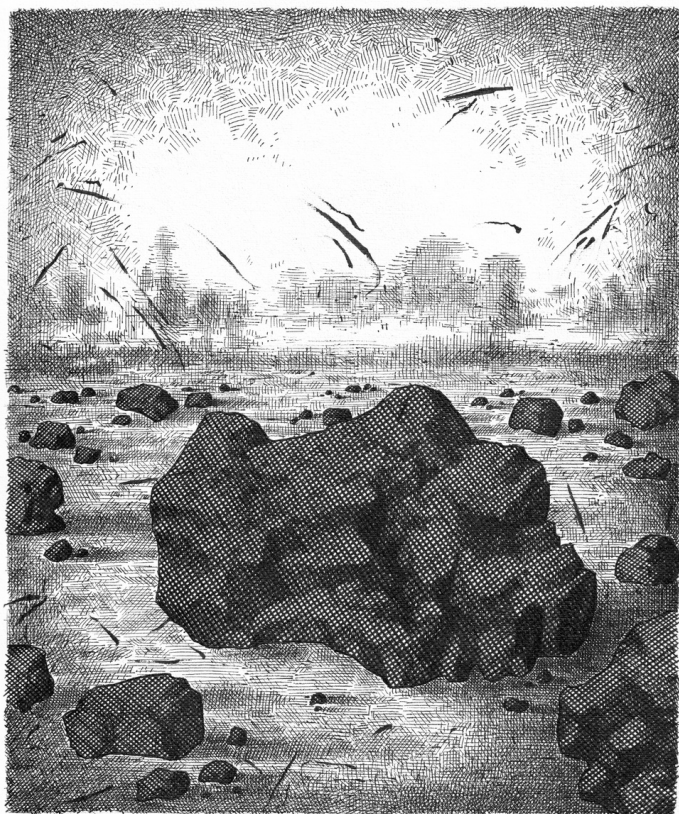
24 x 20 cm c/u





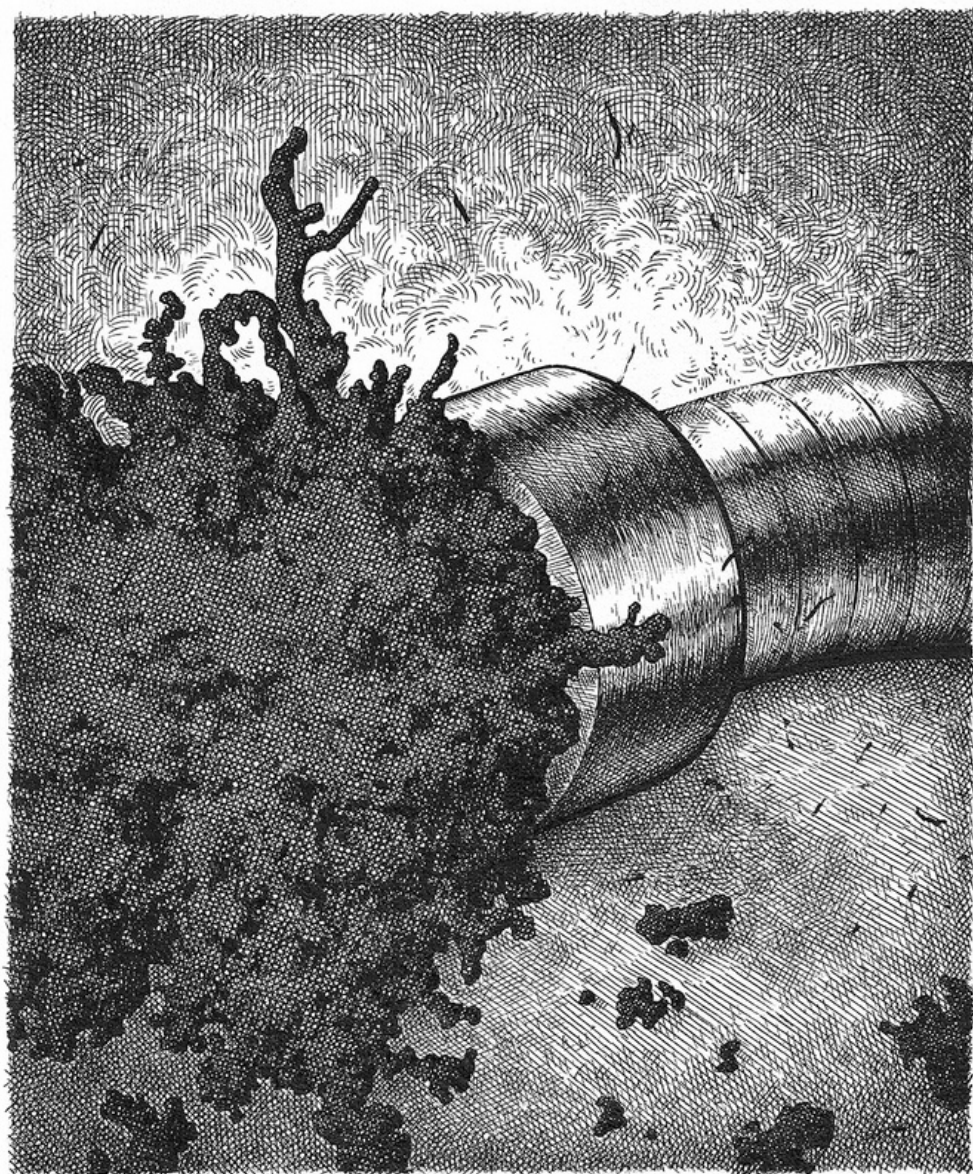


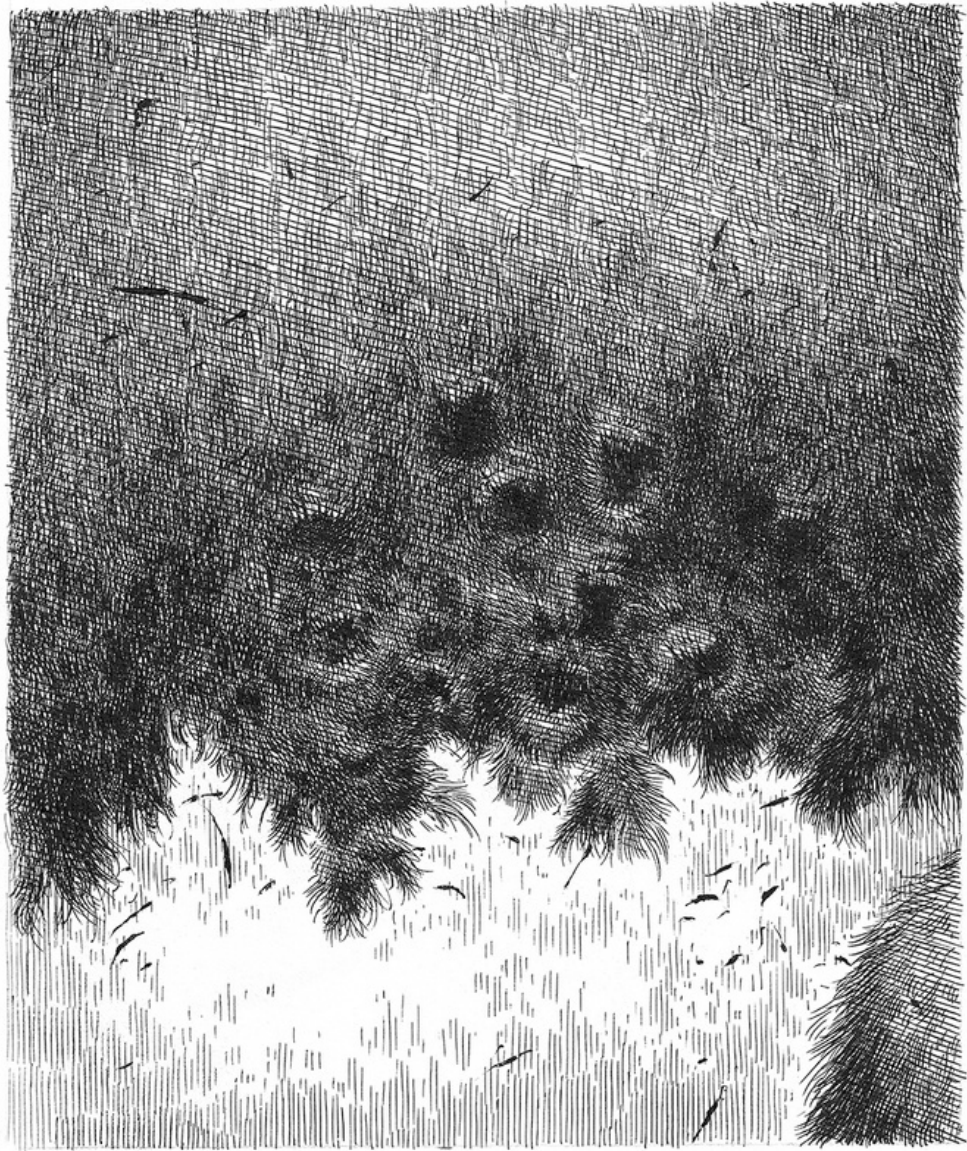


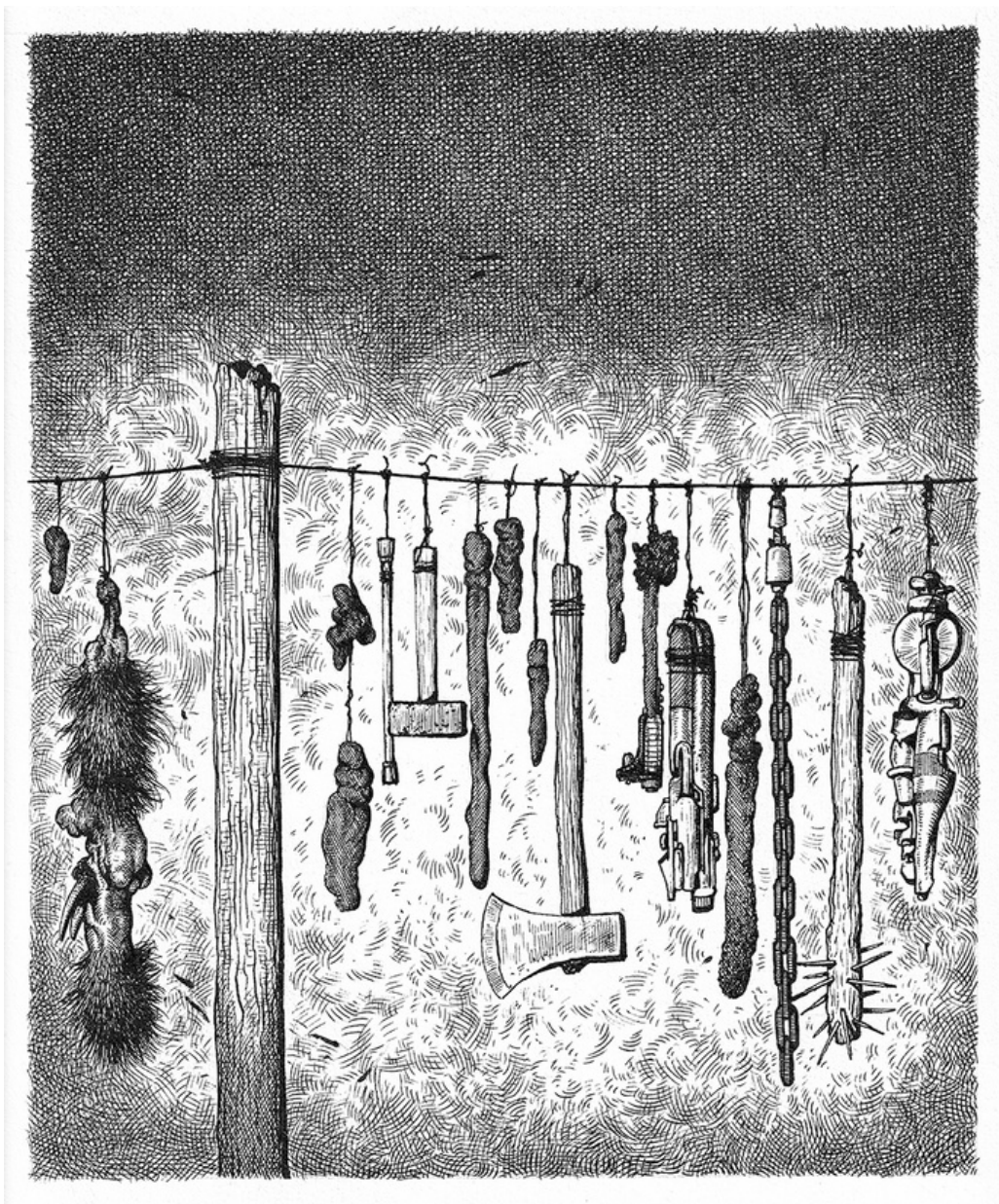


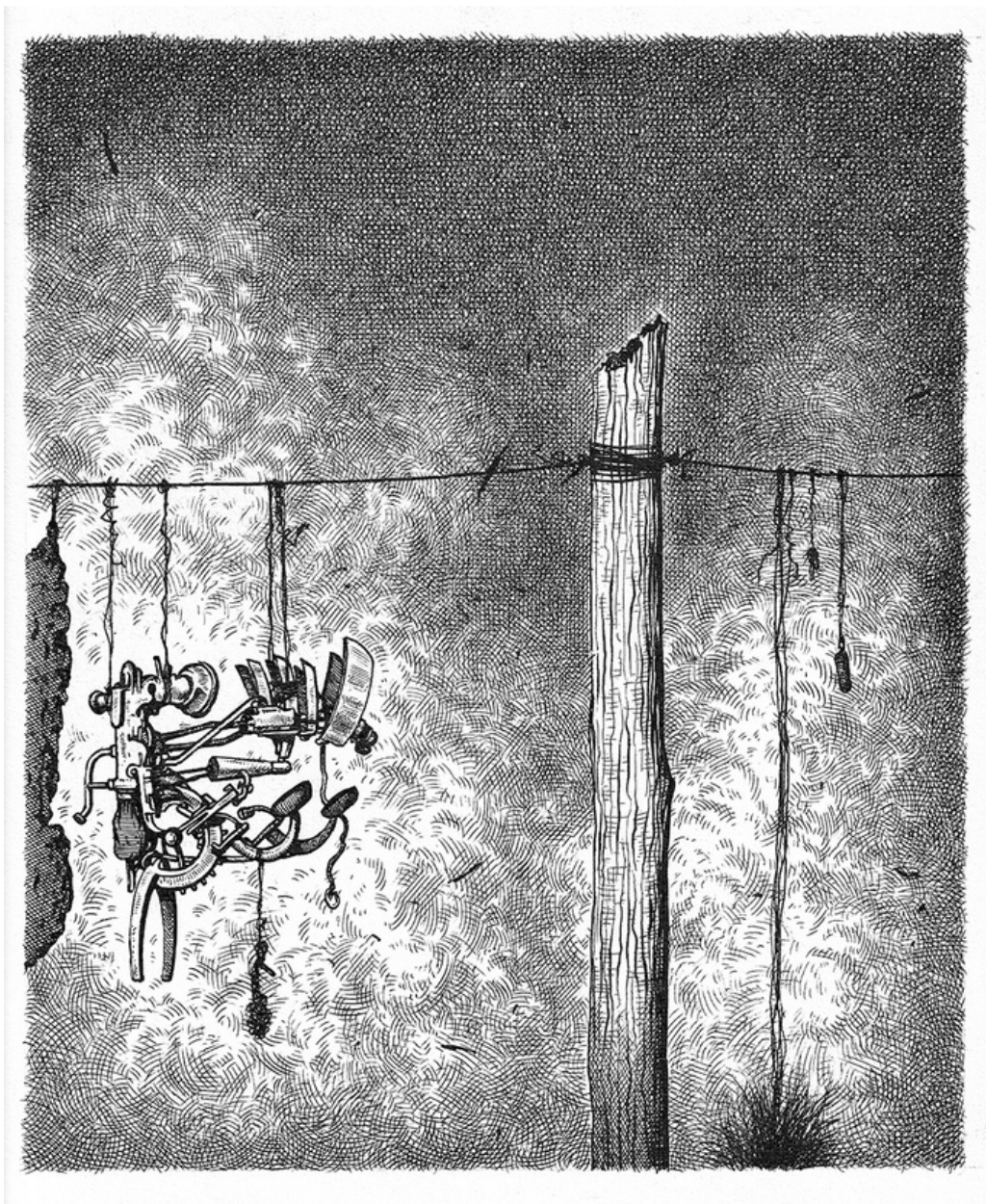


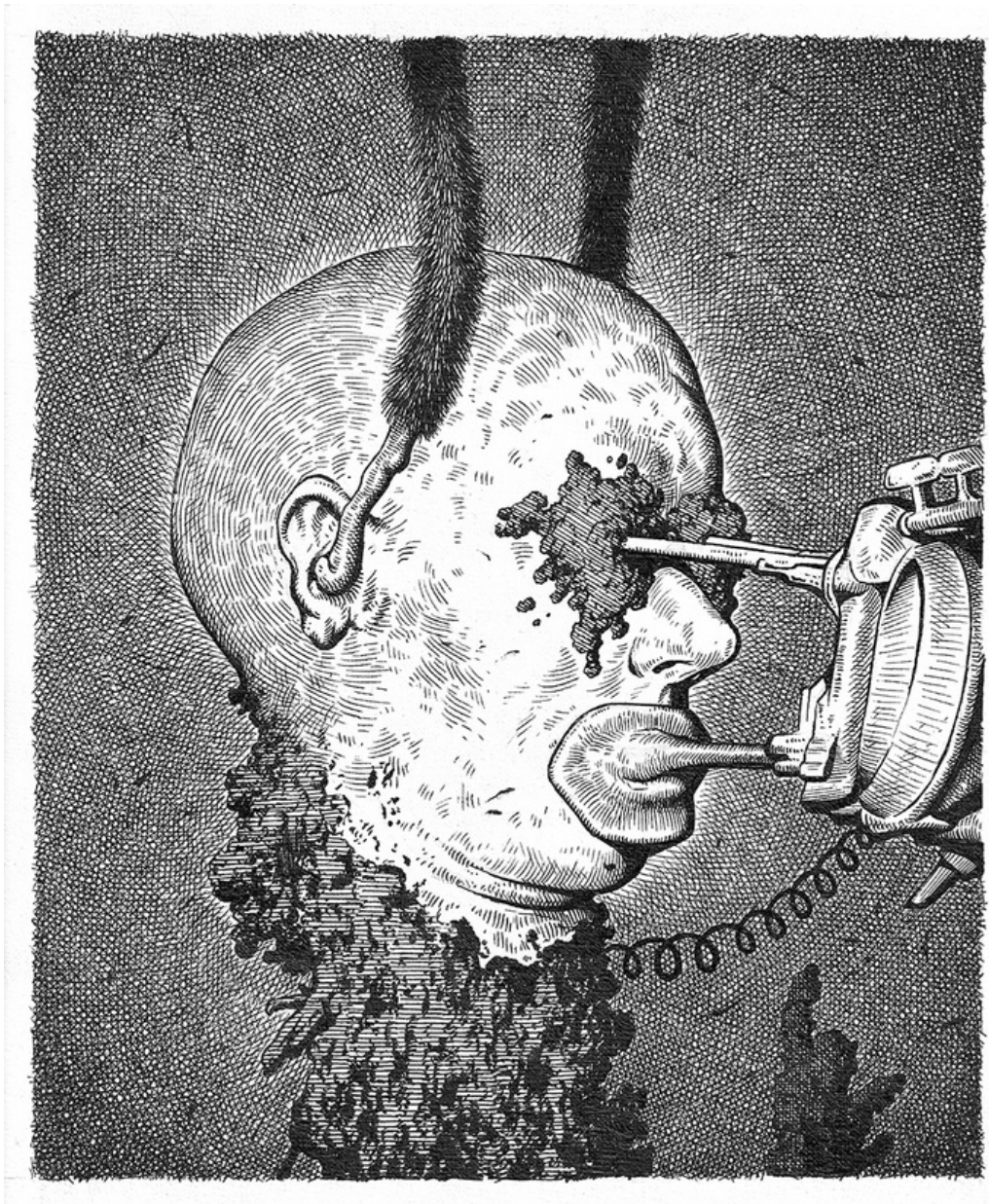




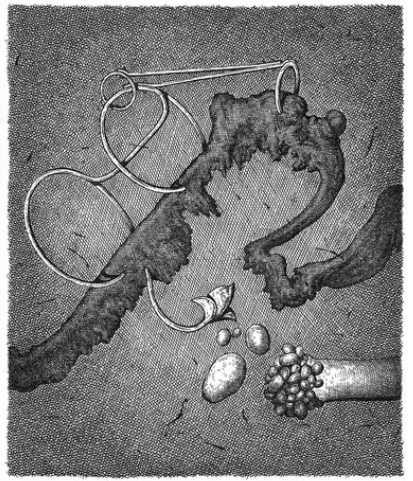
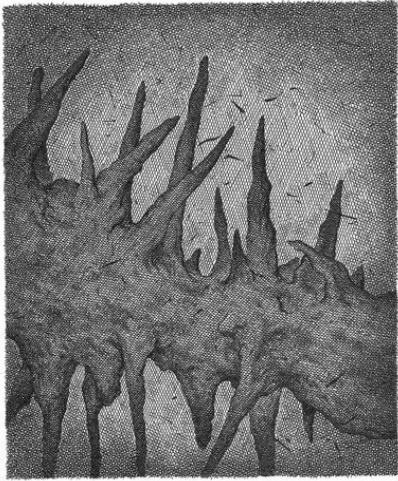


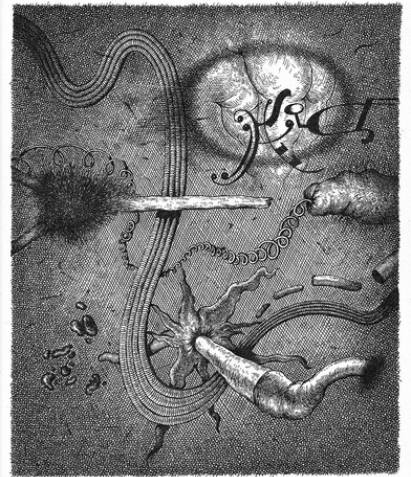
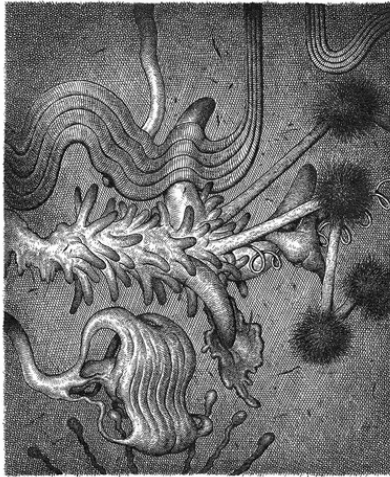


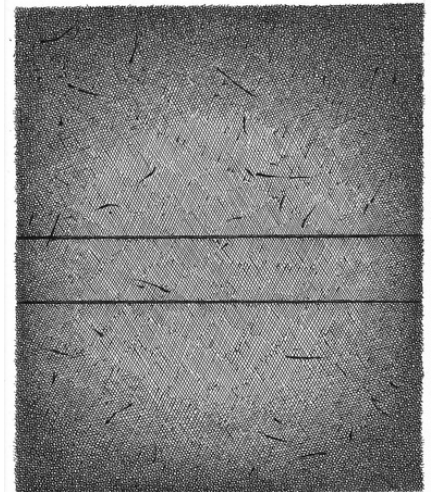
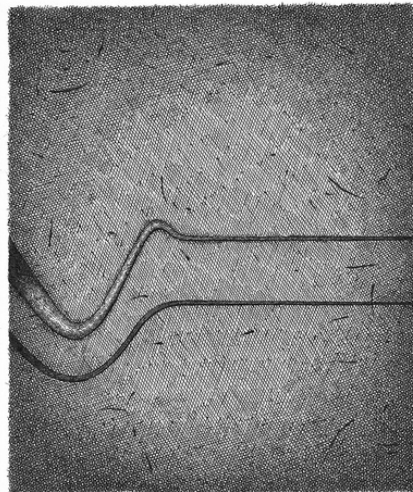
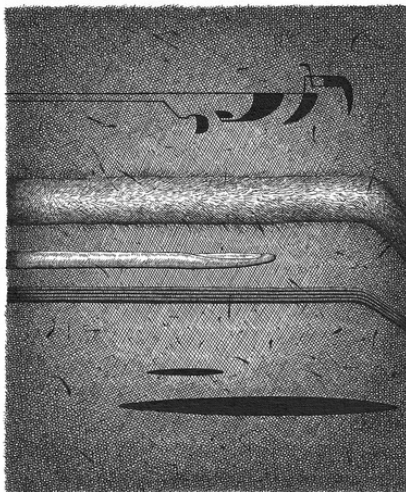


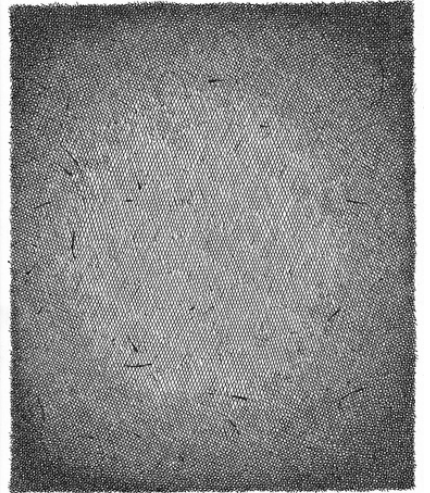
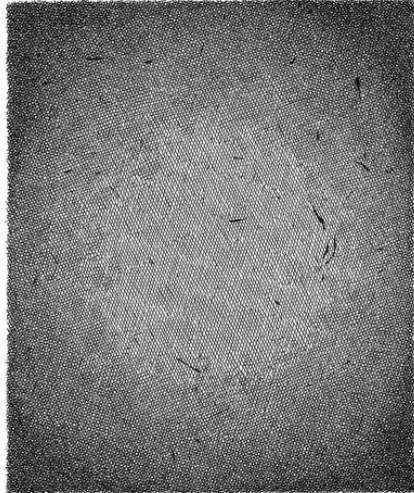
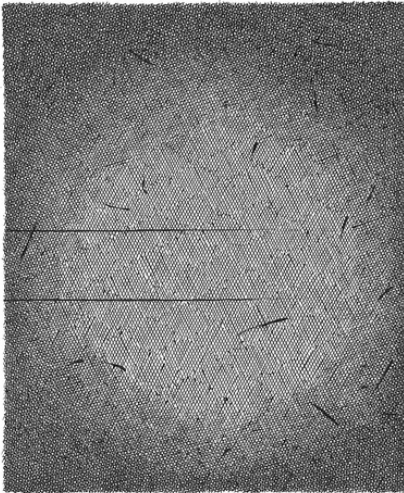


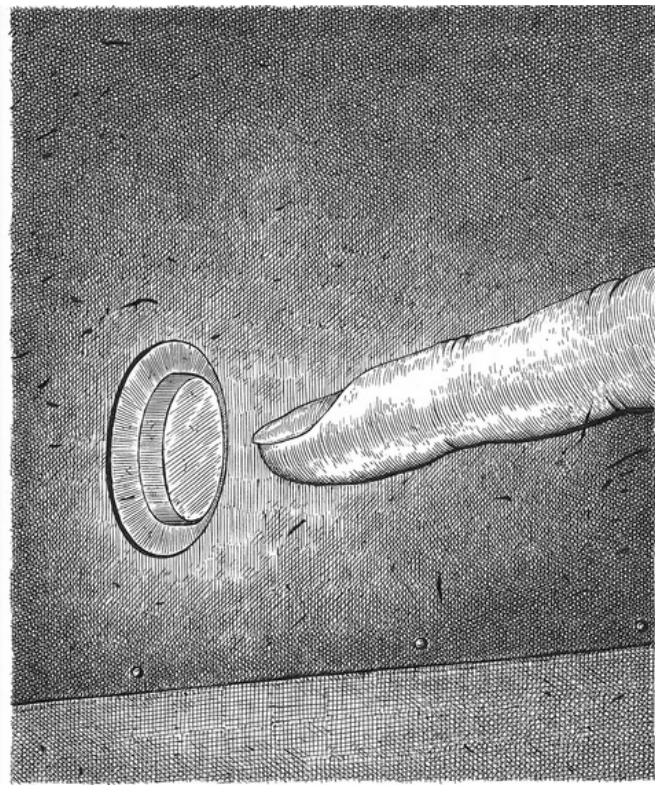
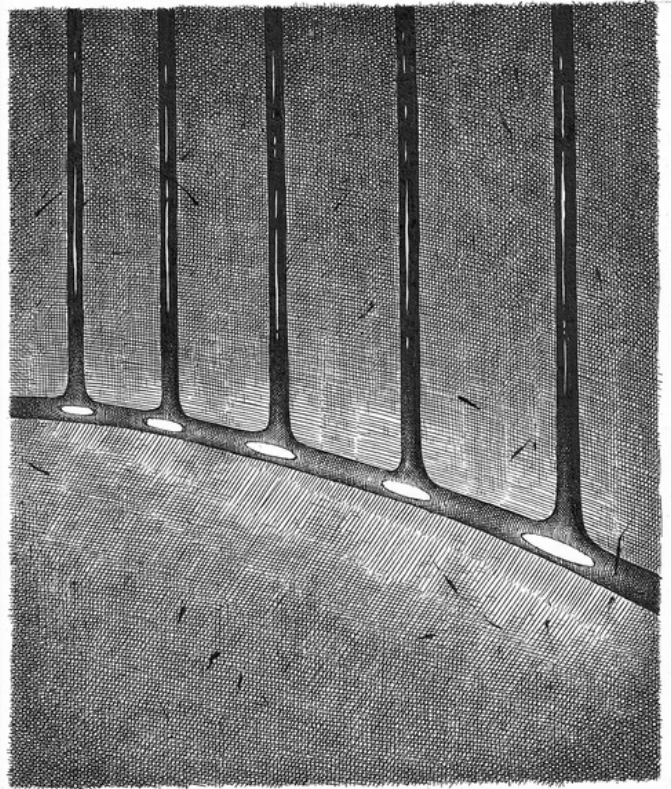
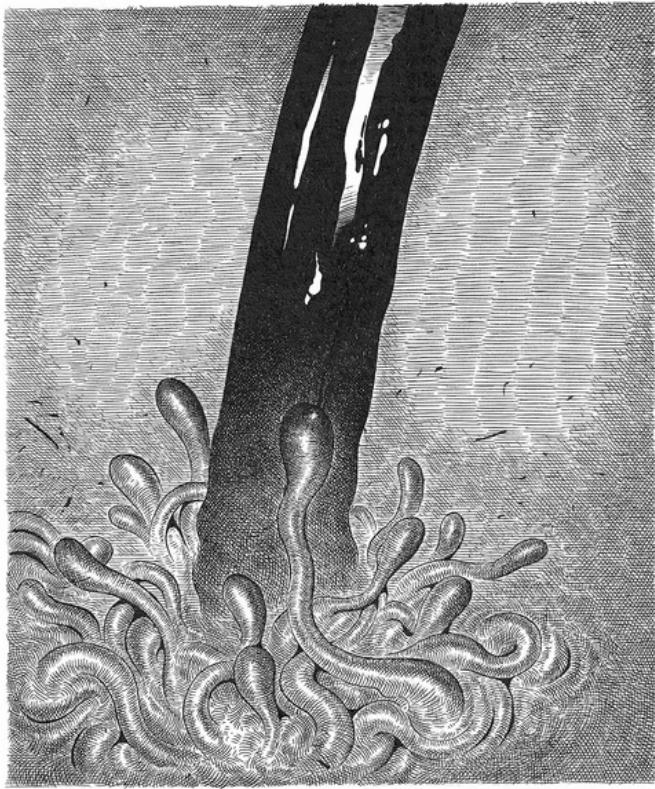


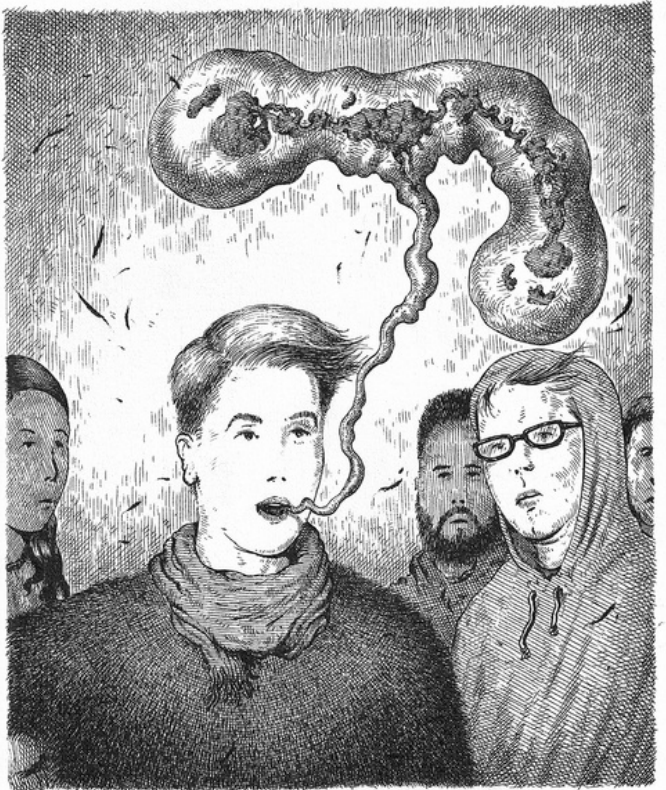
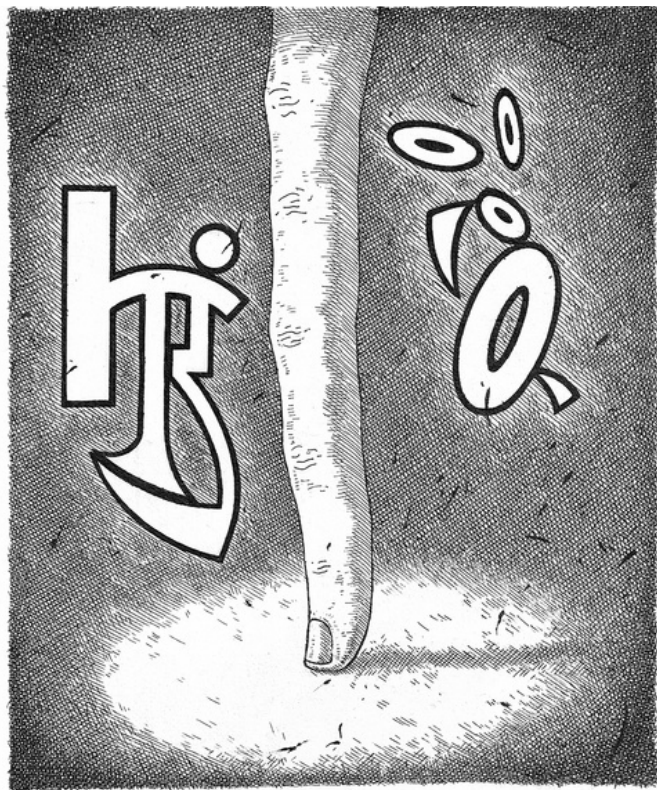
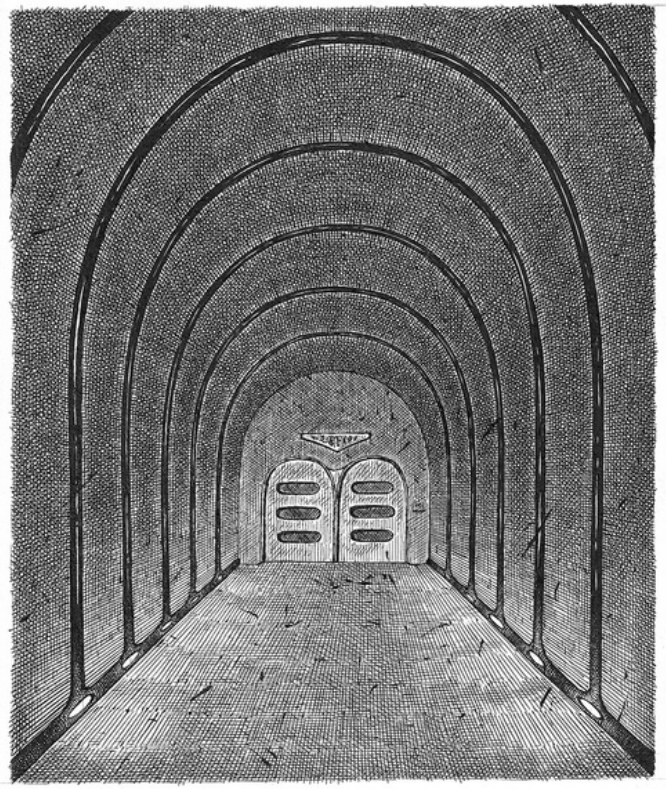
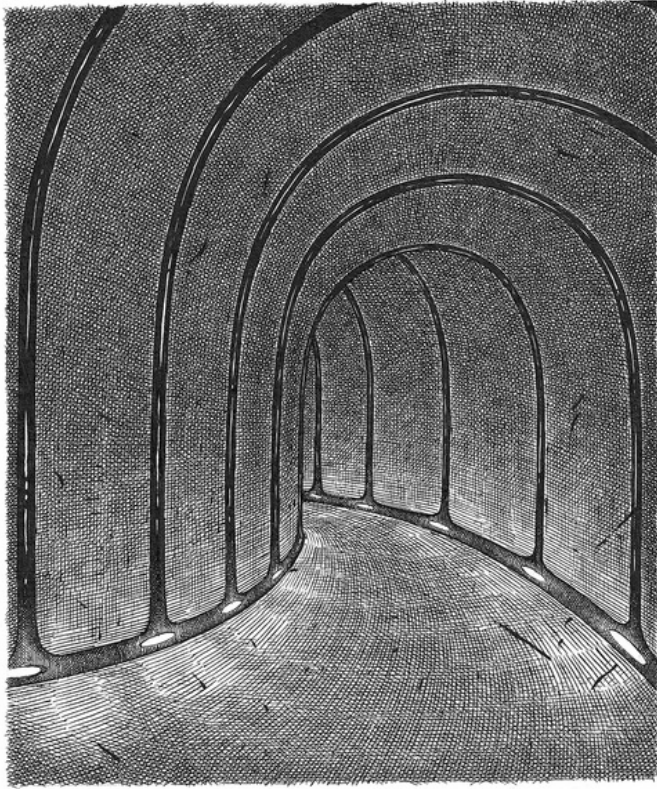


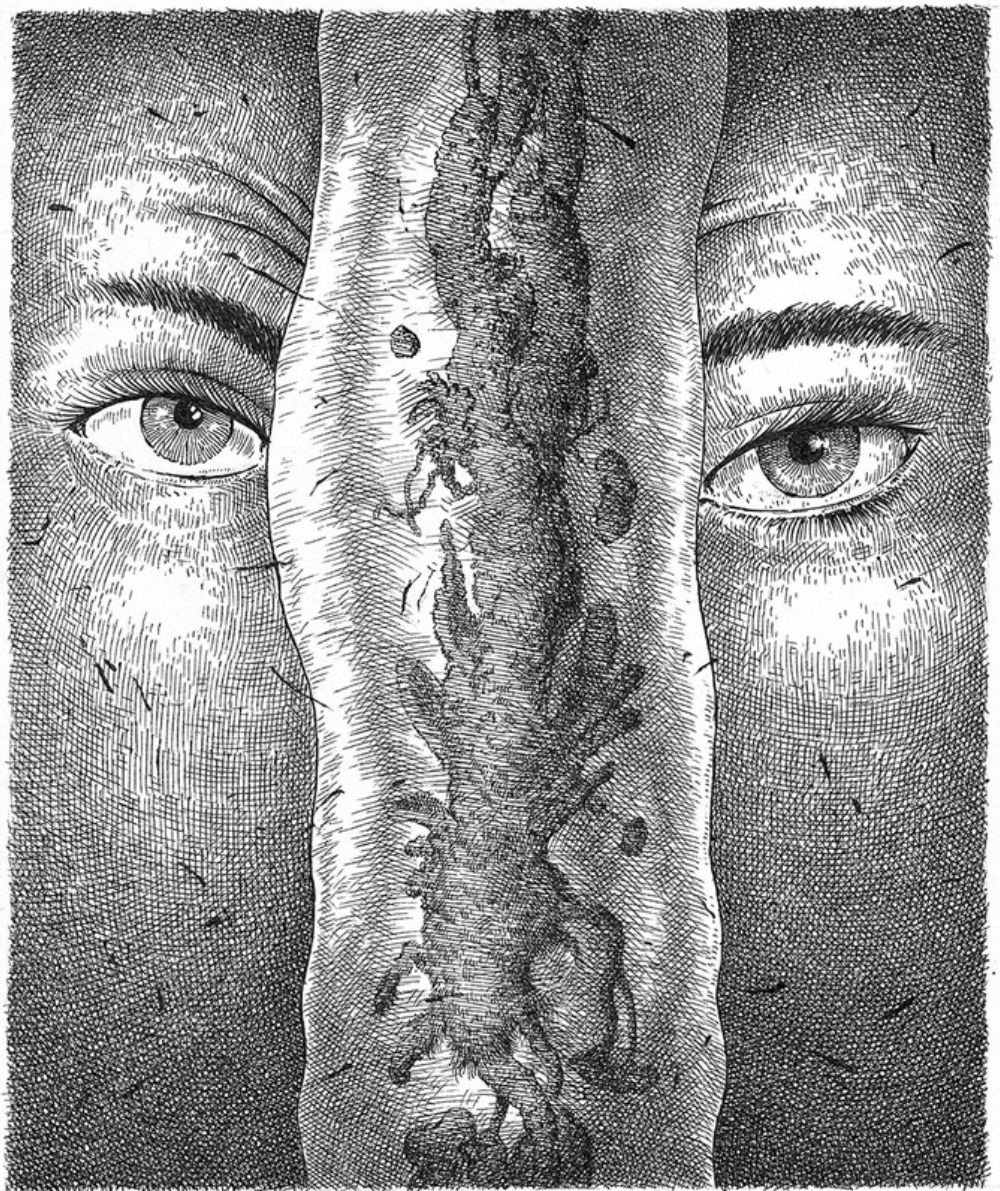


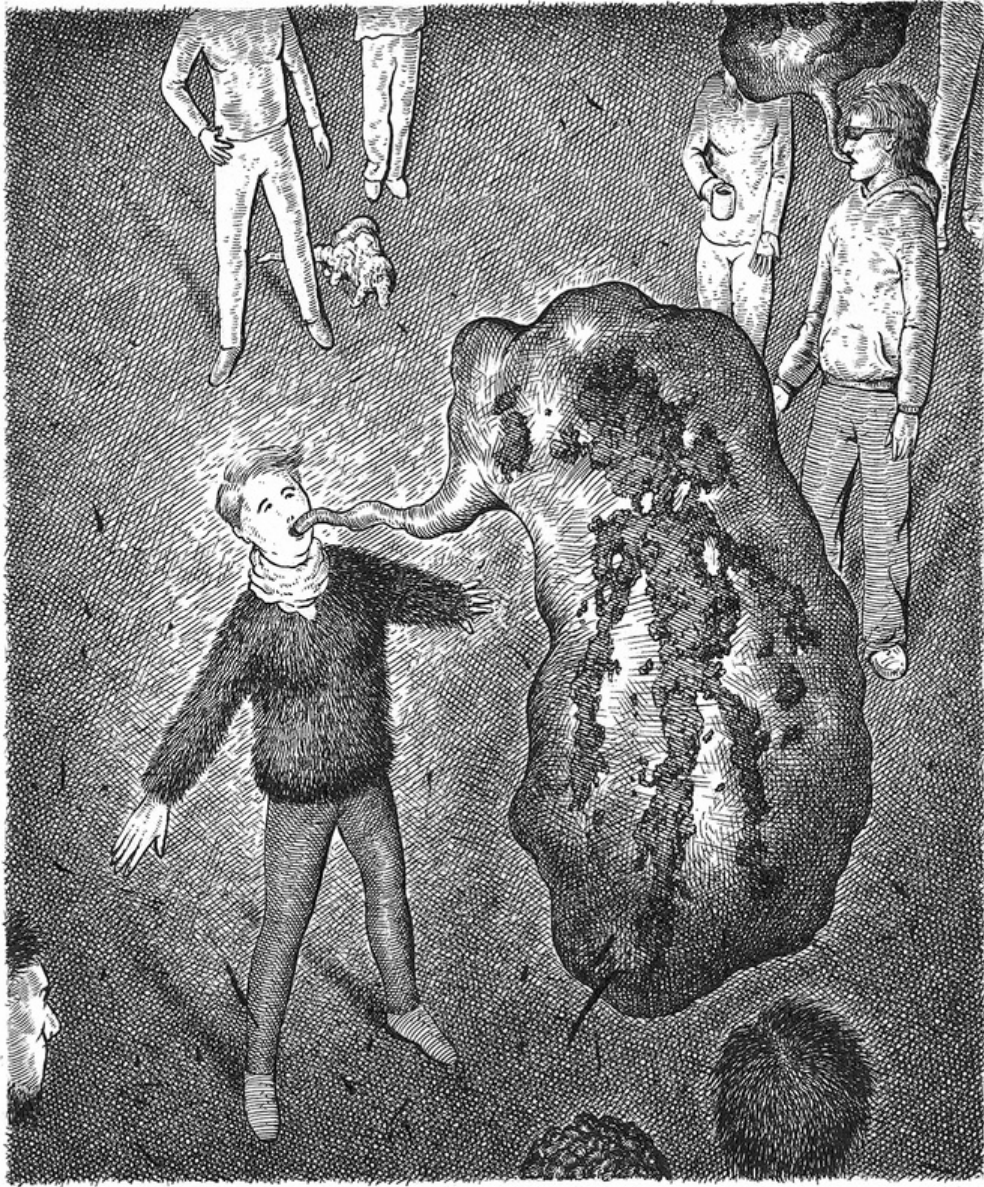


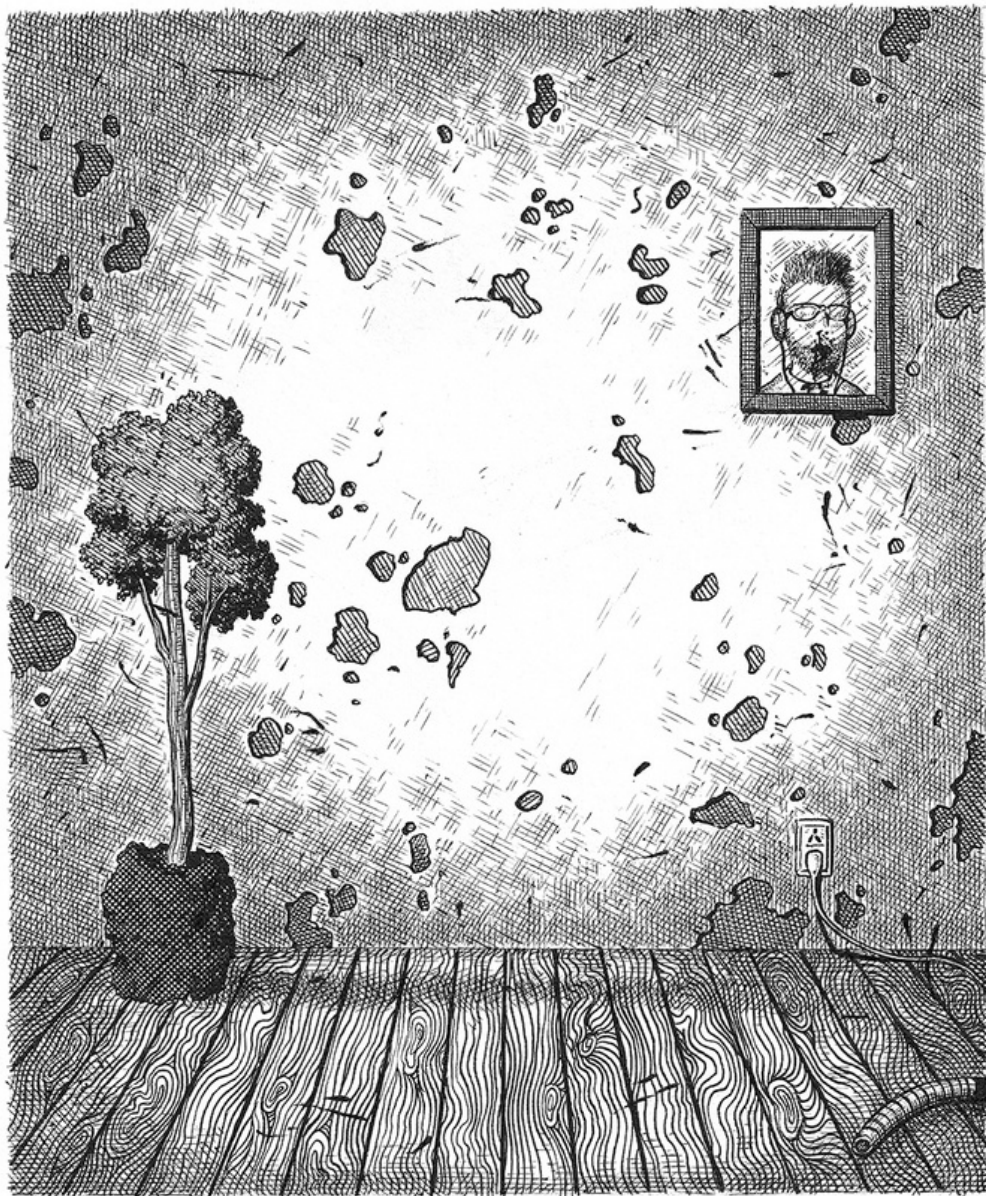


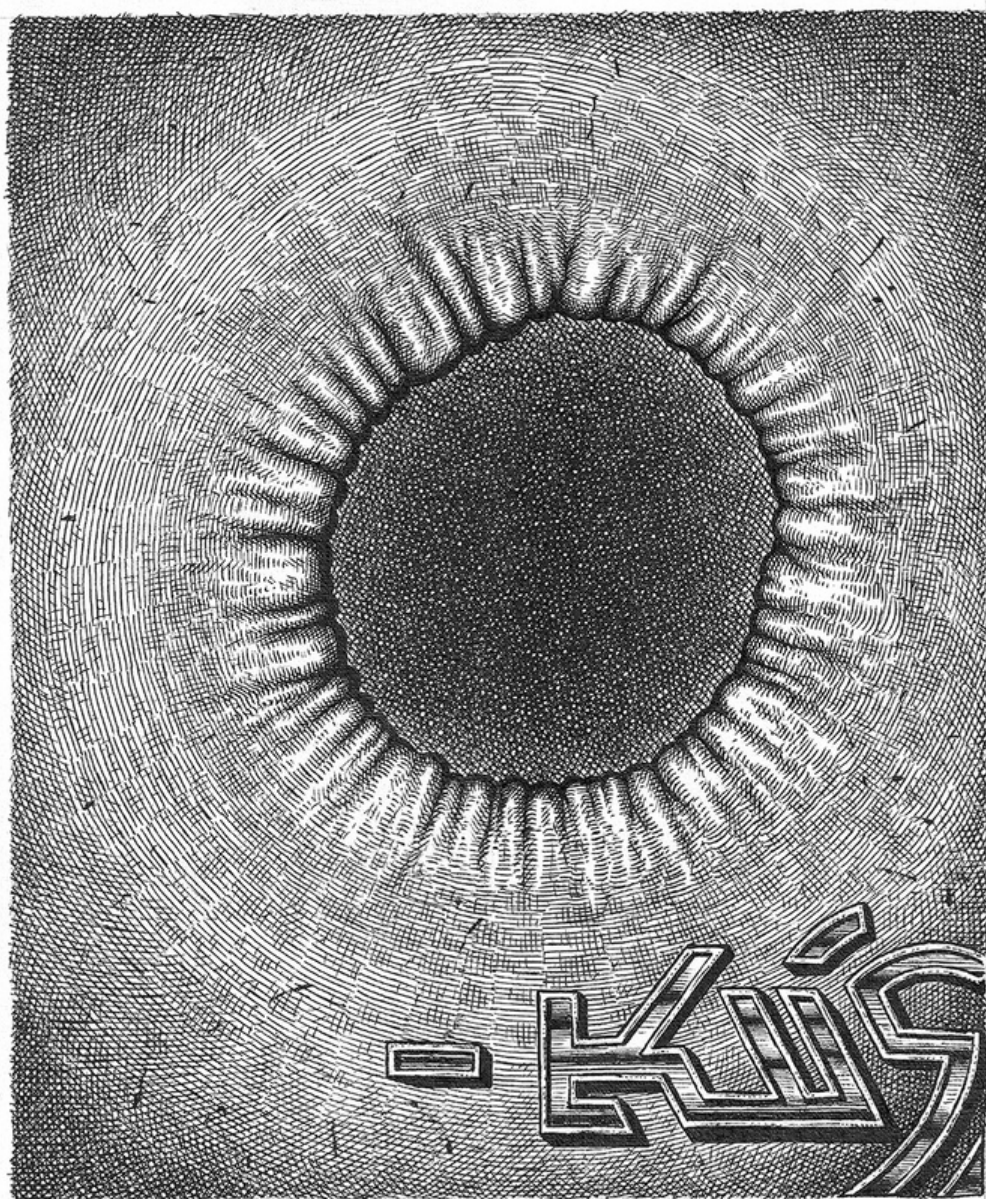














Esmeralda 1357. Ciudad de Buenos Aires
C1007ABS. Argentina
Tel. (+54 11) 4327-0664 / 4328-0237
vasari@galeriavasari.com.ar
www.galeriavasari.com